

843  
Z.



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

PA 2520

TS  
V.2

*Es propiedad.  
Queda hecho el depó-  
sito que marca la ley.*

**CAPILLA ALFONSINA**  
**BIBLIOTECA UNIVERSITARIA**  
**U. A. N. L.:**

**BIBLIOTECA UNIVERSITARIA**  
**"ALFONSO REYES"**  
**FONDO RICARDO COVARRUBIAS**



LA TIERRA.

PARTE CUARTA.

I.

Desde el mes de Mayo, después de la esquila y de la venta de los chotillos, el pastor Soulas había sacado de la Borderie unas cuatrocientas cabezas, que él llevaba solo con el porquero Fermín y sus dos perros, Emperador y Matanza, dos bestias terribles; pero ya estaban á fines de Septiembre, y era cosa de volverlas á encerrar durante la peor época del año que se pasa en la Beauce.

Precisamente aquel día hacía mucho viento á ráfagas calientes y bruscas que hacían galopar por el cielo grupos amenazadores de espesas nubes negruzcas. Desde por la mañana, Soulas esperaba para él y para su ganado una cantidad de agua que debían llevarle de la granja, porque el sitio donde se encontraba para que los bichos pastasen estaba al Norte de Rognes y carecía absolutamente de agua. Al mediodía el sol calentaba

que era un portento, y viendo que el agua no llegaba, mandó á Fermín para que se enterase de lo que sucedía.

Al fin apareció el porquero corriendo y gritando:

—Van á venir, y no han venido esta mañana, porque no había caballos.

—Y tú, animal, ¿por qué no te has traído siquiera un cántaro para nosotros?

—¡Ah! no se me ha ocurrido.

Soulas cerró el puño y marcó un puñetazo á la cabeza del chiquillo, que pudo evitarlo echándose á un lado.

Hasta las dos no se vió nada. El calor iba en aumento; el pastor, que muerto de sed esperaba pacientemente sin hablar palabra y en ademán estoico, dió al fin un suspiro de satisfacción.

—¡Por vida de Dios, bien se han hecho esperar!

En efecto, acercábanse dos carros que á lo lejos, allá en el horizonte parecían sólo dos puntos negros. En el primero, que guiaba Juan, iba un tonel de agua.

Al fin llegaron los carros, y los pastores, los carneros y los perros se pusieron á beber con verdadera fruición.

—Ahora—dijo Soulas cuando después de saciar la sed se puso de buen humor—ahora, si fuéis unos buenos muchachos, echaríais una mano aquí para ayudarnos á concluir el aprisco, que quisiera dejar concluído cuanto antes.

Juan y Trou, el otro carretero, le ayudaron. En las siembras de trigos el aprisco viajaba sin estar en el mismo sitio más que dos ó tres días, el tiempo justo para que los carneros se comie-

ran los rastrojos de la siega; y este sistema tenía además la ventaja de que no se necesitaba quemar los rastrojos.

Todos trabajaban con ardor clavando las estacas del aprisco para luego colocar la especie de red que se pone de una á otra para que los carneros no puedan salirse del sitio que se desea.

Soulas, á pesar de su edad, se fijó en la cara de entierro que tenía Juan, y preguntó:

—¿Qué demonios tiene ése? Parece que anda de entierro.

Y como el joven meneaba tristemente la cabeza porque estaba como enfermo desde que lo atormentaba la idea de que ya Francisca no podía ser suya, el viejo añadió:

—¡Oh! ¡hay alguna hembra de por medio, ¿eh? ¡Ah! ¡las bribonas! ¡les debían cortar el pescuezo á todas!

Trou, con sus miembros de coloso y su aire inocente de pobre diablo, se echó á reír.

—Eso se dice cuando ya no se puede con ellas.

—Yo ya no puedo, ya no puedo—repitió el pastor desdeñosamente—y eso que tú no lo sabes, porque no he probado contigo..... Y mira, más valiera que tú tampoco probases con alguna que yo sé, porque de seguro te ha de producir disgustos gordos, hijo mío.

Esta alusión á sus relaciones con la querida de su amo puso colorado á Trou hasta las orejas. Una mañana Soulas les había sorprendido juntos en el granero detrás de unos sacos. Y en su odio á la antigua fregona, tan orgullosa ahora con sus compañeros de entonces, se había decidido al fin á abrirle los ojos á su amo; pero á las primeras

palabras éste lo había mirado de una manera tan terrible, que se quedó mudo, resuelto á no hablar como no fuera que Santiaguilla hiciera que lo echasen de la granja; de manera que vivían en pie de guerra, él temiendo que lo echasen como á una bestia vieja que ya no sirve, y ella esperando á sentirse con bastante fuerza para exigirle eso á Hourdequin, que le tenía cariño al pastor. En toda la Beauce no había ningún pastor que supiese cuidar mejor sus ganados.

El viejo, acometido de esa comezón de hablar que sienten á veces las personas que están acostumbradas á la soledad, continuó:

—¡Ah! si la bribona de mi mujer antes de reventar no hubiera echado al diablo todos mis ahorros á medida que yo los iba haciendo, ya me hubiera ido de la granja por no ver tantas porquerías!..... ¡Esa Santiaguilla es una tía que ha trabajado mucho más con los muslos que con las manos! ¡Y su posición la debe, no á su mérito, sino á sus carnes! ¡Da rabia pensar que el amo se acuesta con ella en la misma cama de su difunta, y que ha logrado acostumbrarlo á comer con ella sola, como si fuese su verdadera mujer! ¡Estoy viendo que el mejor día nos echa á la calle á todos, incluso él!..... ¡Una bribona que no había hecho en su vida más que cuidar cerdos!

Trou á cada frase iba cerrando más los puños. Tenía accesos de cólera que sus fuerzas de gigante hacían verdaderamente terribles.

—¡Eh! ¡basta ya, viejo! Si fueras todavía un hombre, ya te hubiese dado una bofetada..... Es más honrada la uña de su dedo meñique que todo tu cuerpo indecente de foca vieja.

Pero Soulas lo tomaba á broma; se encogía de hombros por toda respuesta á esas amenazas. El, que no reía jamás, dió una carcajada brusca y como mohosa, el chirrido de una polea fuera de uso.

—¡Pobrecillo! ¡animalucho! Eres tan tonto como bribona es ella. ¡Tú ya te convencerás cuando se harte de tí y saque las uñas!..... Te digo que todo el mundo en el pueblo se ha montado encima de ella! Sin ir más lejos, yo mismo he presenciado qué sé yo cuántas escenas de esas..... Mira, apenas tenía catorce años, cuando la pesqué un día en la cuadra con el tío Matías, un jorobado que ya murió. Otro día la ví contra la tapia del corral con un chicuelo, Guillermo, que es soldado húsar, y además ha estado con todos los mozos de labranza que han pasado por la granja, por los rincones, entre la paja, encima de los sacos, en el suelo..... Además, no tenemos que ir á buscar muy lejos. Si quieres hablar con alguien que te lo pueda contar por experiencia, ahí tienes uno á quien pesqué un día entre la hierba con las manos en la masa.

Y soltó otra carcajada, dirigiendo una mirada oblicua á Juan, quien pareció muy turbado, y el cual estaba silencioso y mirando distraídamente á otra parte desde que el viejo empezaba á hablar de Santiaguilla.

—¡Pues que intente cualquiera tocarla ahora!— gruñó Trou, sacudido por la rabia que siente un perro cuando le van á quitar el hueso que roe.— ¡Os aseguro que le quito para siempre las ganas!

Soulas lo contempló un momento sorprendido por aquellos celos de bruto, y después, vuelto al ensimismamiento de sus largos ratos de silencio, añadió con sequedad:

— ¡Allá tú, hijo mío!

Cuando Trou se hubo montado en el carro que llevaba al molino, Juan permaneció todavía un rato con el pastor para ayudarle, y éste, que le veía tan callado, tan triste y cabizbajo, acabó por hablar:

— Supongo que no será esa Santiaguilla la que te tiene así.

El muchacho respondió que no con un signo negativo de cabeza.

— Entonces, ¿es otra?..... ¡Quién es, que no la he visto nunca contigo?

Juan miraba al tío Soulas, pensando que los viejos suelen ser buenos consejeros para esas cosas. Cedió también á cierta necesidad de expansión, y le relató todo el asunto, cómo había poseído á Francisca y por qué desesperaba de hacerla suya después de la riña con Buteau. Hasta creyó que éste lo llevaría á los tribunales por haberle roto el brazo, lo cual le impedía trabajar, aunque ya iba estando curado. Pero sin duda Buteau no lo había hecho pensando que nunca es bueno dejar que la justicia meta las narices en casa de un pobre.

— ¿De modo que has gozado á Francisca?— preguntó el pastor.

— Sí, una vez.

El viejo reflexionó, se puso grave y por fin dijo:

— Es menester decírselo al tío Fouan. Tal vez así te la dé por mujer.

Juan se extrañó porque no se le había ocurrido esta cosa tan sencilla. El aprisco estaba ya colocado, y se marchó diciéndose que aquella misma noche iría á ver al viejo.

Y en tanto que él se alejaba detrás de su carro vacío, Soulas siguió de centinela vigilando sus carneros. El chico que le acompañaba con los dos perros se había echado á la sombra de la choza portátil. Bruscamente el viento había caído y la tempestad se corría hacia el Este; el calor era espantoso, el sol brillaba en un cielo purísimo, azul y despejado.

Aquella noche Juan dejó el trabajo una hora antes, y fué á ver á Fouan á casa de Delhomme antes de comer.

Pero cuando bajaba la colina, los vió á todos en las viñas, ocupados en quitarles hojas á las cepas. Lluvias abundantes habían caído al final de la otra luna; la uva maduraba en malas condiciones, y se trataba de que aprovecharan los pocos días que quedaban de buen sol. El muchacho vió que no estaba allí el viejo con sus hijos y apresuró el paso con la esperanza de poder hablar á solas con él, lo cual era sin duda alguna preferible. La casa de los Delhomme se encontraba al otro extremo del pueblo, pasado el puente; era una pequeña granja que había sido aumentada por otros edificios que servían de establos y de pajares, tres cuerpos de edificación irregulares que contenían un corral bastante grande, barrido todas las mañanas.

— ¡Buenas noches, tío Fouan!— gritó Juan desde el camino con voz poco firme.

El viejo estaba sentado en el corral, con un bastón entre las piernas, con la cabeza baja, y tan absorto que no lo oyó. Sin embargo, al segundo saludo levantó la vista y acabó por reconocer al que le hablaba.

— ¡Ah! ¡sois vos, Caporal! ¿adónde vais?

Y acogió con tanta naturalidad, tan sin rencor al joven, que éste entró ya más tranquilo. Pero no se atrevió á hablarle de su asunto; perdía el valor al pensar en que tendría que contar lo que había hecho con Francisca. Hablaron del buen tiempo y de lo conveniente que era para las viñas. ¡Ah! ¡como el sol durase ocho días más siquiera, el vino sería bueno! Luego el joven quiso congraciarse con él.

—Sois el hombre más feliz del pueblo.

—Sí, ciertamente.

—¡Cuando se tienen hijos como los vuestros! Porque ¿dónde se iría á buscar otros tan buenos como ellos?

—Es verdad..... pero ya sabes que cada uno tiene su carácter.

El viejo se había puesto todavía más triste. Desde que vivía en casa de Delhomme, Buteau no le pagaba la renta, diciendo que no quería que su dinero fuera á ser aprovechado por su hermana. Jesucristo no había dado jamás un céntimo; y cuanto á Delhomme, como alojaba y mantenía á su suegro, se abstenía de darle cantidad alguna. Pero el viejo no sufría por falta de dinero para el bolsillo, siquiera porque tomaba en casa del señor Baillehache los ciento cincuenta francos anuales; precisamente doce francos cincuenta céntimos todos los meses, procedentes de la renta de su casa. Con eso podía permitirse ciertos lujos, sus dos sueldos de tabaco todas las mañanas, su copita en casa de Langaigue, su café en casa de Macqueron; porque Fanny, muy mirada y económica, no sacaba café y aguardiente de su armario más que cuando había algún enfermo. Y á pesar de todo,

aunque podía divertirse y disfrutar fuera, y aunque no carecía de nada en casa de su hija, vivía triste, aburrido y desesperado.

—¡Ah, caramba! ¡sí!—replicó Juan sin saber que ponía el dedo en la llaga;—cuando uno vive en compañía, nunca está en su casa.

—Eso, eso es precisamente—gruñó Fouan.

Y levantándose como acometido de la necesidad de sublevarse,

—Vamos á echar una copa—dijo.—Supongo que tengo el derecho de ofrecérsela á un amigo.

Pero en seguida le asaltó un temor antes de entrar en la casa.

—Limpiaos los pies, Caporal—dijo—porque os aseguro que siempre está fastidiándome con que si se ensucia ó no se ensucia la casa.

Juan entró turbado, con la idea de desahogar su corazón antes de que volviesen Delhomme y su mujer. Fué sorprendido por el arreglo y buen orden que se notaba en la cocina; las cacerolas relucían, en los muebles no había absolutamente ningún polvo, y á fuerza de fregoteo estaban gastadas las maderas. Todo aquello estaba limpio y frío como si nadie habitase allí. Junto á un poco de lumbre, abrigado con ceniza, se mantenía caliente una cazuela de sopas del día antes.

—¡A vuestra salud!—dijo el viejo, que había sacado del aparador dos vasos y una botella.

Su mano temblaba un poco al vaciar el suyo, temeroso de la libertad que se había tomado. Le dejó encima de la mesa con el ademán de un hombre que se ha jugado el todo por el todo.

—¡Si yo os dijese que Fanny no me habla desde antes de ayer porque escupí en el suelo! ¡Eh! ¡jes-

cupir! ¿pues qué, no escape todo el mundo? Pues es claro que escupo cuando me da la gana..... No, no; más vale largarse de aquí que vivir de esta manera.

Y al echarse su nuevo vaso de vino, feliz y contento de haber encontrado al fin un confidente que le oía sin interrumpirle, se tranquilizó. No eran más que pequeñas rabieta porque se empeñaba en no tolerarle las rarezas propias de los viejos, y porque quería someterle demasiado estrictamente á las costumbres de la casa. Pero grandes sevicias y terribles malos tratamientos no le hubiesen hecho más daño. Una observación cualquiera hecha en tono reticente era para él un bofetón; y su hija mostraba una susceptibilidad inaguantable, una de esas vanidades desconfiadas, propias de la mujer del campo honrada, que le hería y sacaba de sus casillas cualquiera palabra grosera; de suerte que las relaciones entre el padre y la hija eran cada vez más tirantes. Ella, que en otro tiempo, cuando las particiones, había sido la mejor de todos, se agriaba ahora, llegaba á una verdadera persecución contra el viejo, siempre detrás de él, barriendo, pasando el trapo del suelo y fastidiándolo por lo que hacía y por lo que dejaba de hacer. No había entre ellos nada grave, y aquello era, sin embargo, un suplicio moral constante, que hacía llorar al pobre viejo, escondido siempre por los rincones.

—Es menester que por parte de alguien esté la prudencia.—decía Juan á cada nueva queja que el viejo formulaba.—Con paciencia todo se consigue.

Pero Fouan, que acababa de encender una vela, se enfurecía y se exaltaba cada vez más.

—¡No, no, ya no puedo más!..... ¡Ah! ¡si hubiera sabido lo que me iba á pasar aquí! Más valía que hubiese reventado el día que vendí la casa..... Pero se equivocan si creen que me tienen cogido. ¡Preferiría ir á arrancar piedras de un camino!

Se sofocaba, y tuvo que sentarse, de lo cual se aprovechó el joven para decir que tenía que hablarle.

—Tío Fouan, quisiera yo charlar un poco con vos de la cuestión del otro día. Lo sentí mucho, pero no tuve más remedio que defenderme, ¿no es verdad? El otro fué quien empezó..... Esto no impide que estemos de acuerdo Francisca y yo, y no hay nadie más que vos ahora que pueda arreglar todo este negocio..... ¡Si quisierais ir á casa de Buteau y explicarle la cosa!.....

El viejo se había puesto grave. Le temblaba la barba, no sabía qué contestar; afortunadamente el regreso de Delhomme y su mujer le ahorró el trabajo. Estos no parecieron sorprendidos de encontrar á Juan en su casa y le recibieron con la amabilidad de siempre. Pero al entrar Fanny había visto encima de la mesa la botella y los dos vasos. Los quitó y fué á buscar un trapo de limpiar. Luego dijo con sequedad, ella que no le había dirigido la palabra hacía cuarenta y ocho horas:

—Padre, ya sabéis que no me gusta esto.

Fouan se levantó temblando, furioso por aquella observación hecha delante de gente extraña.

—¿Otra vez? ¡qué es esto! ¿No voy á poder obsequiar á un amigo con un vaso de vino?..... ¡Guárdatelo y en paz! Beberé agua.

Entonces fué ella quien se puso furiosa al verse

así acusada de avaricia, y respondió poniéndose muy pálida:

—Os podéis beber toda la casa hasta reventar si queréis..... Lo que no me da la gana es que me ensuciéis la mesa escurriendo los vasos y dejándolos señalados como si estuviéseis en una taberna.

Las lágrimas asomaron á los ojos del viejo, el cual dijo su última palabra:

—¡Un poco menos de limpieza y un poco más de corazón, hija mía!

Y en tanto que ella secaba furiosamente la mesa, él se levantó, y colocándose al lado de la ventana, comenzó á contemplar la obscuridad de la noche que había cerrado completamente, presa de verdadera desesperación que procuraba disimular.

Delhomme había procurado no mezclarse en la disputa, aunque apoyaba con su silencio la actitud firme y sensata de su mujer. No quiso permitir que Juan se marchase sin haber bebido con él otro trago en vasos que Fanny sirvió con sus correspondientes platos para que no se ensuciara la mesa. Y la mujer á media voz se excusó con tono compasivo.

—¡No hay idea de lo que se sufre con los viejos! ¡Están llenos de manías, de costumbres malas, y prefieren morirse á corregirse!..... Aquél, su padre, no era malo; ya no tenía tampoco fuerza para serlo; y sin embargo, preferiría tener que guardar cuatro vacas á cuidar á un viejo.

Juan y Delhomme le daban la razón, moviendo la cabeza en señal de aprobación. Pero fué interrumpida por la entrada brusca de Ernesto, vestido como un muchacho de la ciudad, con americana y pantalón de fantasía, comprados hechos en

casa de Lambourdiou, y llevando en la cabeza un sombrero hongo de fieltro duro. Con el cuello largo, la nuca afeitada, se balanceaba con aire afeminado, luciendo sus ojos azules y su cara rechoncha y de facciones bonitas. Había tenido siempre horror á trabajar en el campo; se iba al día siguiente á Chartres colocado como mozo en un restaurant donde había al mismo tiempo un baile público. Durante mucho tiempo sus padres se habían opuesto á esa deserción de la agricultura; pero al fin la madre, halagada por aquella colocación, había decidido al padre. Y desde por la mañana temprano Ernesto andaba convidando á sus amigos del pueblo y despidiéndose de ellos.

En el primer momento pareció sorprendido de encontrar allí á una persona extraña. Luego se decidió á decir:

—Oye, madre, quiero convidar á esos á comer en casa del tío Macqueron, y necesitaba dinero.

Fanny le miró con fijeza, y ya con la boca abierta para negárselo; pero era tan vanidosa, que la presencia de Juan la detuvo. ¡Ciertamente su hijo podía gastar veinte francos sin arruinarlos! Y desapareció rígida y silenciosa.

—¿Estás con alguien?—preguntó á Ernesto su padre.

Había visto una sombra á la puerta de su casa. Se acercó, y al conocer al muchacho que se había quedado fuera,

—¡Toma, pues si es Delfin! ¡Entra, hombre!

Delfin se atrevió, saludando, excusándose. Él iba de calzón y blusa azules y con sus grandes zapatos de labor, sin corbata y con el cutis ya curtido por los rigores del sol y el aire libre.

—Y tú—continuó Delhomme, que lo tenía en muy buen concepto—¿te vas á ir también un día de estos á Chartres?

Delphin entornó los ojos y dijo con violencia:

—¡Oh, no; me moriría yo en la ciudad!

El padre dirigió á su hijo una mirada oblicua, en tanto que el otro salía á la defensa de su compañero diciendo:

—¡Eso de irse á la ciudad es bueno para Ernesto, porque sabe vestirse y es elegante y toca el cornetín!

Delhomme sonrió, porque el talento de su hijo para tocar el cornetín lo tenía lleno de orgullo; Fanny entró en la cocina con la mano llena de monedas de cuarenta sueldos, de las cuales contó diez que fué dejando caer en la mano, y que estaban blancas, blancas como si fueran nuevas, de tenerlas escondidas debajo de un montón de trigo. No se fiaba bastante del armario, y guardaba así su dinero en cantidades pequeñas, en todos los rincones de la casa, entre el grano, entre el carbón, en la arena; de suerte que cuando iba á pagar, su dinero variaba de color, unas veces negro, otras blanco, otras amarillento.

—Esto va bien—dijo Ernesto á guisa de gracias.—¿Te vienes, Delphin?

Y los dos mozalbetes se marcharon, dejando oír sus alegres careajadas á medida que se alejaban.

Juan vació su vaso al ver al tío Fouan, que ni siquiera había vuelto la cabeza hasta entonces, que se separaba de la ventana y salía con dirección al corral. Se despidió, y se reunió con el viejo que estaba de pié é inmóvil en medio de la obscuridad de la noche.

—Vamos á ver, tío Fouan, ¿queréis ir á casa de Buteau á pedir para mí la mano de Francisca?.... Vos sois el amo y no tenéis más que abrir la boca.

El anciano en la sombra replicó con voz débil:

—No puedo.... no puedo.

Después estalló confesándolo todo. Había concluido con el matrimonio Delhomme; al día siguiente se iría á vivir á casa de Buteau que se le había ofrecido muchas veces. Si su hijo le pegaba, sus golpes le harían menos daño que los alfilerazos de su hija.

Exasperado ante este nuevo obstáculo, Juan acabó por hablar.

—Ya que es preciso, tío Fouan, os diré que ya hemos dormido juntos Francisca y yo.

El anciano labrador no hizo más que una exclamación:

—¡Ah!

Después de reflexionar un momento,

—¿Está la muchacha embarazada?—preguntó.

Juan, seguro de que no podía estarlo por la forma en que habían cohabitado, respondió sin embargo:

—¿Qué sé yo? Es posible.

—Entonces, no hay más que esperar.... Si tiene una barriga, ya veremos.

En aquel momento se presentó Fanny en la puerta del corral, llamando á su padre para comer. Pero el viejo se volvió, respondiendo con rabia:

—¡Métete tu comida donde te quepa! ¡Me voy á la cama!

Y subió á acostarse con el estómago vacío y furioso.

Juan tomó el camino de la granja con paso len-

to, tan atormentado por el pesar, que se halló en la colina sin darse cuenta de cómo había llegado hasta allí. La noche, de un azul sombrío tachonado de estrellas, era pesada y calurosa. En el aire inmóvil sentíase nuevamente la proximidad, el paso por allí cerca de alguna tempestad de la cual sólo se veían allá á lo lejos hacia el Este algunos relámpagos. Al levantar la cabeza un momento, vió á su izquierda centenares de ojos fosforescentes que brillaban semejantes á las luces de las bujías, y que se volvían hacia él sin duda al ruido de sus pasos. Eran los carneros encerrados en un aprisco, por el lado del cual pasaba en aquel momento.

Oyóse la voz cascada del tío Soulas.

—¿Qué hay, muchacho?

Los perros, echados en el suelo, no se habían movido al oler á uno de la granja. El chicuelo que acompañaba al tío Soulas, arrastrado fuera de la cabaña por el excesivo calor, dormía tranquilamente en un surco. Y solamente el pastor permanecía de pie en medio de la llanura y envuelto en las tinieblas.

Sin detenerse siquiera, Juan contestó:

—Ha dicho que si le he hecho una barriga, veremos.

Ya había pasado del aprisco, cuando llegó á sus oídos esta respuesta del tío Soulas, que le pareció una sentencia en medio del silencio profundo de la noche:

—Y tiene razón; hay que esperar.

Juan continuó su camino. La Beauce se extendía hasta el infinito, abrumada por pesado sueño. Se comprendía su muda desolación, y sus rastros

jos quemados y su tierra destrozada y cocida, en el olor á pavesa y en el cantar de los grillos que chillaban como ascuas entre las cenizas.

## II.

Al día siguiente Fouan fué á instalarse en casa de los Buteau. La mudanza no trastornó á nadie; todo se redujo á trasladar dos líos muy grandes que el viejo quiso llevar él mismo, y con los cuales hizo dos viajes. En vano los Delhomme quisieron provocar una explicación. El anciano se fué sin costarles palabra.

En casa de Buteau le dieron la habitación grande del piso bajo que había al lado de la cocina, la cual hasta entonces sólo había servido para guardar patatas y el pienso de las vacas. Lo peor era que no tenía más luz que la que entraba por un ventanuco abierto á dos metros de altura. Y el suelo de tierra apisonada, los montones de legumbres, los desperdicios tirados por los rincones, producían allí una humedad que se transformaba en lágrimas amarillentas que resbalaban silenciosamente por el sucio encalado de las paredes desnudas. Además, dejaron todo aquello allí; no arreglaron más que un ángulo para colocar en él una cama de hierro, una silla y una mesa de pino blanco. El viejo se dió por muy satisfecho.

Buteau había triunfado. Desde que Fouan vivía con Delhomme y su mujer, rabiaba de envidia porque no ignoraba lo que se decía por Rognes; esto es, que los Delhomme podía mantener á su padre en tanto que los Buteau ¡qué demonio! no tenían